

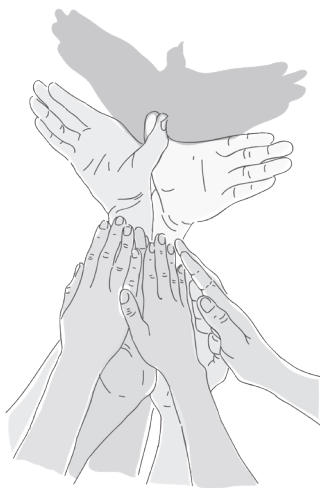
Testigos de esperanza en el mundo

Día de la Acción Católica
y del Apostolado Seglar

Subsidio litúrgico
para el celebrante

Solemnidad de Pentecostés

Domingo, 8 de junio de 2025



CONFERENCIA
EPISCOPAL
ESPAÑOLA

www.conferenciaepiscopal.es

© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Oh, Señor, envía tu Espíritu (CLN, 252) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Sab 1, 7; o bien, cf. Rom 5, 5; 8, 11):

El Espíritu del Señor llenó la tierra y todo lo abarca, y conoce cada sonido. Aleluya.

O bien:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que habita en nosotros. Aleluya.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Dios de la vida,
que ha resucitado a Jesucristo
rompiendo las ataduras de la muerte,
esté con todos vosotros.**

Rx. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Celebramos hoy la solemnidad de Pentecostés, que coincide cada año con el día de la Acción Católica y del Apostolado Secular. En esta Jornada, cuyo lema es «Testigos de esperanza en el mundo», la Iglesia pone en valor la labor misionera de cada uno de los grupos y comunidades que la componen, especialmente del laicado. Este año, además, celebramos este día en el marco de otros acontecimientos de nuestra Iglesia: el final del Sínodo sobre la Sinodalidad, el reciente Congreso de las Vocaciones y el Jubileo de la Esperanza.

Estos acontecimientos eclesiales nos llevan a reconocer y experimentar cómo el Espíritu Santo acompaña y dinamiza la vida de la Iglesia universal y en España.

Nos preparamos para celebrar esta Jornada con gratitud y alegría.

RITO DE LA BENDICIÓN Y ASPERSIÓN DEL AGUA

El rito de la bendición y aspersión del agua bendita sustituye al acto penitencial.

El sacerdote, de pie en la sede, vuelto al pueblo, teniendo delante el recipiente con el agua que va a ser bendecida, invita al pueblo a orar con estas o similares palabras:

Invoquemos, queridos hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, para que bendiga esta agua, que va a ser derramada sobre nosotros en memoria de nuestro bautismo, y pidámosle que nos renueve interiormente, para que permanezcamos fieles al Espíritu que hemos recibido.

Después de un breve silencio, prosigue diciendo con las manos extendidas:

**SEÑOR, Dios todopoderoso,
Escucha las oraciones de tu pueblo,
ahora que recordamos la acción maravillosa de nuestra creación
y la maravilla, aún más grande, de nuestra redención;
dígnate bendecir ✠ esta agua.**

**La creaste para hacer fecunda la tierra
y para favorecer nuestros cuerpos con el frescor y la limpieza.**

**La hiciste también instrumento de misericordia
al librar a tu pueblo de la esclavitud
y al apagar con ella su sed en el desierto;
por los profetas la revelaste como signo de la Nueva Alianza
que quisiste sellar con los hombres.**

**Y, cuando Cristo descendió a ella en el Jordán,
renovaste nuestra naturaleza pecadora
en el baño del nuevo nacimiento.**

**Que esta agua, Señor,
avive en nosotros el recuerdo de nuestro bautismo
y nos haga participar en el gozo de nuestros hermanos
bautizados en la Pascua.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

Cuando las circunstancias locales o la costumbre del pueblo aconsejen conservar el rito de mezclar sal en el agua bendita, el sacerdote bendice la sal, diciendo:

TE pedimos humildemente, Dios todopoderoso,
que te dignes bendecir ✠ esta sal,
del mismo modo que mandaste al profeta Eliseo
que la arrojase al agua para remediar su esterilidad.
Concédenos, Señor,
que allí donde se derrame esta mezcla de sal y agua
sea ahuyentado el poder del enemigo
y nos proteja siempre la presencia del Espíritu Santo.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

Y, en silencio, pone la sal en el agua.

A continuación, el sacerdote toma el hisopo, se rocía a sí mismo y a los ministros, después al clero y al pueblo, recorriendo la iglesia, si le parece oportuno.

Mientras tanto se canta un canto apropiado.

Terminado el canto, el sacerdote, de pie y de cara al pueblo, con las manos juntas, dice:

**Que Dios todopoderoso nos purifique del pecado
y, por la celebración de esta eucaristía,
nos haga dignos de participar
del banquete de su reino.**

Rx. Amén.

A continuación, se canta o se dice el himno Gloria (p. 8).

Si no se hace el rito de la aspersión y bendición del agua bendita, se hace el:

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Conscientes de cuánto nos queda para ser realmente una Iglesia sinodal, para reconocer la igual dignidad sagrada de toda persona bautizada, y de todos los seres humanos, invocamos la misericordia divina.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que por medio del Espíritu Santo nos conduces por el camino de la sinodalidad: Señor, ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

Tú, que nos abres a la comunión y nos libras del orgullo de creernos superiores a los demás: Cristo, ten piedad.

R/. Cristo, ten piedad.

Tú, que nos liberas de quedarnos encerrados y temerosos, y nos llamas a asumir el riesgo de ser una Iglesia en salida: Señor, ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

R/. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

A. MISA DE LA VIGILIA

D**IOS todopoderoso y eterno,**
que has querido que el Misterio pascual
se actualizase bajo el signo sagrado de los cincuenta días,
haz que los pueblos dispersos en la diversidad de lenguas
se congreguen, por los dones del cielo,
en la única confesión de tu nombre.

Junta las manos.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo

**en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

O bien:

DIOS todopoderoso,
brille sobre nosotros el resplandor de tu gloria
y que tu luz fortalezca,
con la iluminación del Espíritu Santo,
los corazones de los renacidos por tu gracia.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

B. MISA DEL DÍA

OH, Dios, que por el misterio de esta fiesta
santificas a toda tu Iglesia
en medio de los pueblos y de las naciones,
derrama los dones de tu Espíritu
sobre todos los confines de la tierra
y realiza ahora también, en el corazón de tus fieles,
aquellas maravillas que te dignaste hacer
en los comienzos de la predicación evangélica.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

Las lecturas de hoy nos hablan de la cercanía de Jesucristo, recién ascendido a los cielos, entre sus discípulos. Lo hace enviando su Espíritu Santo. Esa cercanía también la podemos experimentar hoy y tenemos la certeza que no la quiere abandonar a lo largo de la vida de cada persona.

También aparece una mención a Cristo, como único Señor, único Cuerpo, formado por muchos miembros, nosotros. Cuidar, valorar, desarrollar cada uno de los miembros es la forma más efectiva y humana de honrar a Dios.

Y se presenta a Cristo como el constructor de la paz. La paz es el deseo de Dios para cada uno de sus hijos. Paz tan necesaria, urgente, en nuestros días y en el mundo. Por nosotros mismos no somos capaces de alcanzarla, necesitamos la intercesión de aquel que «se nos regala a cada uno para que tengamos vida».

El Espíritu Santo está presente en todos estos escenarios. Es la forma de Dios de no desvincularse de nosotros, es el signo vivo de Jesús que vence el pecado y la muerte. Estemos atentos a sus palabras.

NOTAS PARA LA HOMILÍA

— En el Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar celebramos el inicio de la vida apostólica de la Iglesia, impulsada por el Espíritu Santo. De un modo particular tenemos presentes a los laicos y en concreto a la Acción Católica. Pedimos que el laicado sea semilla, levadura, en el ambiente en el que desarrolla su vida y misión.

— Salgamos de las rutinas para dejar que el Señor nos transforme. No olvidemos nuestra identidad cristiana y nuestra misión evangelizadora en medio de la desesperanza que muchas veces se instala en nuestro

mundo, sintiendo, pensando y viviendo como Cristo vivió. Que en este año jubilar, Cristo sea nuestra esperanza, el ancla firme y seguro de nuestra alma.

— La oración es nuestro mejor instrumento para sentirnos unidos a Cristo, presente en los que más sufren: «Todo lo que hagáis por uno de estos más pequeños, por mí lo hacéis» (Mt 25, 40). Orar juntos, con esperanza, en grupo, en nuestras parroquias, movimientos y asociaciones, nos ayudará a despertar nuestra conciencia y a vivir como verdaderos peregrinos de esperanza.

— El Espíritu Santo, con su presencia permanente en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida.

PROFESIÓN DE FE

Puede introducirse con la siguiente monición.

Al recitar el Credo, proclamemos con gozo el Misterio pascual, que es el núcleo de nuestra fe.

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la

derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Animados por la promesa de Jesús, «Mi Padre no negará el Espíritu a los que se lo pidan», oramos con confianza por las necesidades de toda la humanidad y toda la Iglesia.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por el papa León XIV. Para que su pontificado sea luz en nuestra Iglesia, motivación para todos los cristianos y anuncio de una Iglesia acogedora, misericordiosa, que abraza a todos los que llegan a ella. Roguemos al Señor.
2. Por los obispos, sacerdotes y los ministros ordenados. Para que su vocación y compromiso los acerque a la realidad de cada familia, de cada grupo, y sean signos visibles de Jesús en nuestro mundo. Roguemos al Señor.
3. Por todos los cristianos y de un modo especial por los laicos. Para que su testimonio de vida sea constructor del reino de Dios, aquí y ahora, en sus ambientes, en sus barrios, en sus familias, en sus profesiones y en todos los espacios en los que desarrollan su vida. Roguemos al Señor.
4. Por este año jubilar. Para que durante el jubileo todos nos sintamos llamados a ser signos tangibles, cercanos, de esperanza para nuestros hermanos. Roguemos al Señor.
5. Por todos los aquí presentes y los que nos siguen a través de los medios de comunicación. Para que nos sintamos llamados a ser parte de una comunidad auténtica, viva y en salida, atenta para ser instrumento de liberación y de promoción de la dignidad de todas las personas. Roguemos al Señor.

(Pueden añadirse otras intenciones).

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

DIOS, Padre nuestro,
que junto con tu Hijo Jesucristo
nos envías el Espíritu Santo,
acoge la oración que este mismo Espíritu
pone en nuestros labios y nuestro corazón.
Concédenos lo que de verdad necesitamos
para el bien de la Iglesia y del mundo.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: La alianza nueva (CLN, 253) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

A. MISA DE LA VIGILIA

**ESTOS dones que acabamos de recibir, Señor,
Enos sirvan de provecho,
para que nos inflame el mismo Espíritu
que infundiste de modo inefable en tus apóstoles.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén

B. MISA DEL DÍA

OH, Dios, que has comunicado a tu Iglesia
los bienes del cielo,
conserva la gracia que le has dado,
para que el don infuso del Espíritu Santo
sea siempre nuestra fuerza,
y el alimento espiritual
acrecente su fruto para la redención eterna.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios, Padre de los astros,
que en el día de hoy iluminó las mentes de sus discípulos
derramando sobre ellas el Espíritu Santo,
os alegre con sus bendiciones
y os llene con los dones del Espíritu consolador.**

Rx. Amén.

**Que el mismo fuego divino,
que de manera admirable se posó sobre los apóstoles,
purifique vuestros corazones de todo pecado
y los ilumine con la efusión de su claridad.**

Rx. Amén.

**Y que el Espíritu que congregó en la confesión de una misma fe
a los que el pecado había dividido en diversidad de lenguas
os conceda el don de la perseverancia en esta misma fe,
y así podáis pasar de la esperanza a la plena visión.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

MONICIÓN DE DESPEDIDA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición:

Se nos ha regalado el Espíritu Santo. Somos todos herederos del amor de Dios. Esos dos elementos (Espíritu Santo y amor) son el motor que debe darnos fuerza para anunciar con alegría nuestra fe, para liberar a hermanos, para construir un mundo de paz.

No apaguemos ni descuidemos esa llama que arde y quiere ser luz para el mundo y para los demás. Estamos llamados a ser testigos de esperanza en el mundo.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado.

Podéis ir en paz, aleluya, aleluya.

Rx. Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española